

## PROBLEMÁTICA EN TORNO A LA CATALOGACIÓN DE LA ARQUITECTURA TRADICIONAL

Salvador Rodríguez Becerra

*Universidad de Sevilla. Fundación Machado*

En la distribución que de hecho se ha realizado de las diversas formas constructivas humanas entre los distintos especialistas, se le adjudica a los antropólogos, y también a los geógrafos, y a los arquitectos en menor medida el campo de conocimiento de la llamada arquitectura tradicional, popular o vernácula, para otros, "arquitectura sin arquitectos". A estos últimos y a los historiadores del arte se les asigna la arquitectura monumental y la proyectada por técnicos y artistas.

Esto es así, y las publicaciones y proyectos de investigación así lo atestiguan fehacientemente, a pesar de que en cada caso ningún especialista de estas áreas de conocimiento acepte formalmente esta adjudicación restrictiva. Por otra parte las continuas llamadas al trabajo interdisciplinario son cantos de sirenas que todos entonan pero que no se materializan en la práctica salvo raras excepciones. En no pocas ocasiones en las que se habla de equipos pluridisciplinarios, se trata de la colaboración esporádica de ciertos especialistas para una tarea concreta que ponen "la guinda al pastel", amasado por un grupo homogéneo de expertos de una misma área. Aceptando, aunque sea a regañadientes, la adjudicación de la arquitectura tradicional como campo de trabajo, pero sin renunciar al derecho de analizar la arquitectura en su globalidad como respuesta de orden social, económico y cultural y la reciente presencia de los antropólogos en este campo, en la que ya se habían establecido previamente los geógrafos siguiendo las huellas del maestro Terán en sus estudios sobre el hábitat rural, allá por los años cuarenta y la labor pionera del francés Demangeon que tanta

influencia ejerció sobre la geografía española, quiero hacer de nuevo una llamada de atención a la necesidad de trabajar en equipos interdisciplinarios, insisto interdisciplinarios, no sólo pluridisciplinarios, en los que el resultado sea producto de la continua interacción entre los diversos especialistas (1). Es cierto que cada uno cuando ha trabajado en este campo ha echado mano de la cinta métrica y ha levantado planos, aunque rudimentarios y llenos de imperfecciones, ha elaborado y analizado tablas de pluviosidad e índices de escorrentía, ha establecido relaciones entre los tipos de viviendas y clases sociales, también ha prestado atención a los usos y funciones del espacio de la vivienda y de la trama urbana, así como de la valoración que las familias hacen de ella y del valor simbólico que le otorga la comunidad por su emplazamiento y elementos significativos. En otras palabras, que el acercamiento a la arquitectura, a toda arquitectura, requiere de los enfoques interdisciplinarios de las ciencias ya mencionadas y otras posibles, pues en el hecho de la construcción de viviendas y de su posterior utilización influyen factores medioambientales, históricos, económicos, sociales y culturales que una sola disciplina no puede contemplar.

Permitaseme aunque sean unas pocas palabras acerca del término arquitectura tradicional, que hemos utilizado en el título de nuestro trabajo, pero para el que hubiéramos aceptado, sin empacho alguno, denominarla popular o vernácula, pues francamente estas denominaciones o adjetivaciones están tan debatidas que resulta tópico cuando no producen aburrimiento. Todos los presentes saben a qué tipo de arqui-

itectura nos estamos refiriendo, pero como pudiera ocurrir que este texto cayera en manos de otras personas que no estuviesen en el dominio de las claves y conocimientos de ésta, la caracterizaremos, más que definirla, siguiendo el esquema definitorio de Carlos Flores (1986), modificado según nuestro criterio: Arte y técnica de proyectar, construir y transformar el entorno vital de un grupo humano o comunidad, realizado por personas del propio grupo que incluye especialistas, con un sentido fundamentalmente utilitario para resolver los problemas de viviendas y alojamiento de animales y cosas dentro de las líneas establecidas por la tradición, que es cambiante, pero que permite identificarla y plasmarse en modelos con los que se identifican sus constructores y usuarios. Esta arquitectura está hecha sin fines especulativos pues pretendía o pretende alojar al grupo familiar que la vive, diseña y adapta en función de las necesidades, valores culturales y características personales.

El resultado se nos antoja a los observadores ajenos como "conjuntos armoniosos en los que cada edificio resulta integrado con la totalidad como parte de una unidad superior", y todo ello "sin proponérselo", añade Flores; estas últimas afirmaciones, como tantas otras, están llenas de romanticismo esteticista y añorante y de supervaloración de ese constructor anónimo, pero no responden a la realidad en la que ni siquiera puede generalizarse el gusto por lo bien hecho, que también se da como característica de esta arquitectura, y en donde el objetivo buscado es resolver problemas concretos, cuyo resultado no siempre es bello. Encontramos arcos mal trazados, paredes que huyen de la verticalidad, silla-

rejos que son mamposterías, ventanucos descuadrados, pero eso sí, al menos en Andalucía y en otras partes de España, con cien manos de cal que como "buena capa todo lo tapa". En síntesis, queremos huir de la idealización de la arquitectura popular que nace, entre otros factores, del rechazo de la arquitectura realizada por arquitectos con sus respuestas económicas, eclécticas y masificadas, y quizás también por "la incapacidad compositiva que dejó como herencia el movimiento moderno", que vendría a llenar la riqueza plástica de la arquitectura popular (Fernández Alba, 1990: 21), y por supuesto de la añoranza, especialmente de los urbanos, que idealizan unas formas constructivas en trance de profunda transformación y/o desaparición ligadas a los recuerdos de la infancia.

Una última consideración acerca de la importancia de la arquitectura popular, y en cierta manera de toda arquitectura. La vivienda y su correlato el urbanismo constituyen un texto en el que las sociedades y los pueblos del pasado escribieron su historia y los del presente expresan sus fundamentos económicos, formas de organización social, valores y aspiraciones; en síntesis, su cultura. Se constituye así su estudio en un poderoso auxiliar de las ciencias de la sociedad. Para ello no podemos contentarnos con un registro de los aspectos formales, y mucho menos el mero fachadismo, sino que será necesario conocer también los cambios en usos y funciones, el valor simbólico de determinadas partes de la vivienda, pero también sus dimensiones y localización. Piénsese en la existencia de una pieza, el comedor sin función práctica en la mayoría de las casas de las socie-

dades campesinas pero con un altísimo valor simbólico. De ser considerado una familia burguesa si lo tenía, a ser considerada de jornaleros. Perder esta pieza o estar en disposición de poseerla probablemente marcará la línea de separación en la jerárquica sociedad tradicional andaluza hasta los años 60-70 de este siglo.

### 1. La catalogación y su problemática

Catalogar, dicen los diccionarios, es establecer una lista ordenada de objetos y es sinónimo de inventariar, que añade a la mera relación una finalidad de conocer un patrimonio para valorarlo y así poder transmitirlo o enajenarlo. La catalogación constituye un instrumento operativo básico para planificar cualquier tipo de actuación y toma de decisiones. Originalmente la función de los inventarios era claramente económica y pretendían, conviene no olvidarlo, dar a conocer la cantidad y variedad de productos objetos para valorarlos. La relación entre esta función y la aparición de las operaciones matemáticas en algunas sociedades parece no ofrecer dudas. En nuestro siglo XVII, Covarrubias en su conocido diccionario define el inventario como "El memorial de bienes muebles o raíces, así de los vivos como de los difuntos". En nuestros días no ha perdido este sentido y así se inventarían o catalogan las obras de un músico o de un pintor fundamentalmente para excluir aquellas obras que pueden ser posteriormente atribuidas y pasar a tener el valor económico de que ya gozan las incluidas en el catálogo.

Pero junto a este valor económico las catalogaciones tienen también un valor científico y cultural como conocimiento y explicación de una trayectoria artística o, más genéricamente, como capacidad reproductiva de determinadas respuestas culturales para así mejor conocer su alcance y significación. A modo de ejemplo, los historiadores han aprendido mucho de la catalogación de las bibliotecas de determinados personajes.

La catalogación supone exhaustividad, registro uno por uno de todos los elementos inventariables y por el mero hecho de su anotación supone ya una forma de conservación, aunque sea sólo como un reflejo numérico. La cuantificación de la dimensión de un fenómeno o artefacto permite su valoración.

Inventariar y catalogar el patrimonio cultural supone la puesta en valor del mismo -piénsese en la importancia económica que tiene para todo bien su escasez o abundancia-y puede inducir a su revitalización por la toma en consideración del valor otorgado. En cualquier caso estos procesos no son automáticos sino que necesitan de la intervención de un conjunto de factores que no es el momento de analizar.

*Catalogar* es, por último, la primera fase del triple proceso de intervención en el patrimonio cultural a la que siguen su *difusión* para terminar, en su caso, en la *protección* del mismo. Algunos añaden una cuarta fase o de *restitución* a los detentadores de tales formas culturales y a la sociedad en su conjunto. Catalogar es inevitablemente y aun sin proponérselo intervenir y actuar en el patrimonio aunque sea de forma indirecta.

La arquitectura tradicional la entendemos nosotros incluida en el ámbito del *patrimonio antropológico* y así lo respalda la Ley del Patrimonio Histórico Español (1985) que al definir el patrimonio etnográfico (para nosotros antropológico) establece que lo forman "los bienes muebles e inmuebles y los conocimientos y actividades que son o han sido expresión relevante de la **cultura tradicional** del pueblo español en sus aspectos materiales, sociales y espirituales" (art. 46); posteriormente aclara que también se incluyen en este tipo de patrimonio: "...aquellas edificaciones e instalaciones cuyo modelo constitutivo sea expresión de conocimientos adquiridos, arraigados y transmitidos consuetudinariamente y cuya factura se acomode, en su conjunto o parcialmente, a una clase, tipo o forma arquitectónica utilizados tradicionalmente..." (art. 47.1).

En la misma línea, la Ley del Patrimonio Histórico de Andalucía (1991) incluye en el patrimonio etnográfico (para nosotros antropológico) "los lugares, bienes y actividades que albergan o constituyen formas relevantes de expresión de la **cultura y modos de vida propios** del pueblo andaluz" (art. 61), y "aquellos parajes naturales, **construcciones o instalaciones** vinculados a formas de vida, cultura y actividades tradicionales del pueblo andaluz que merezcan ser preservados por su valor etnológico" (art. 27.6) creando así la figura jurídica de "**lugar de interés etnológico**".

No olvida la Ley andaluza de incluir en el patrimonio cultural antropológico, y por tanto objeto de protección, los saberes característicos tanto generales como especializados del pueblo andaluz. (2)

## 2. ¿Catalogar, qué y para qué?

Las leyes del patrimonio hablan de "formas relevantes" de la cultura que se dehan conservar, por tanto deducimos que se trata de prototipos o ejemplares representativos de los diversos y múltiples que componen la arquitectura tradicional. Otra cosa no sería posible en la práctica por muy severa que fuese la legislación. Se trata por tanto de seleccionar acertadamente aquellos prototipos o conjuntos que respondan más claramente a los modelos o tipos elaborados previamente.

¿Pero es indispensable la catalogación para el establecimiento de modelos? Desde luego que no y así lo han hecho todos aquellos que han trabajado en la arquitectura tradicional desde la geografía, la arquitectura o la antropología. Los modelos se infieren inductivamente de la observación y análisis de un número determinado de casos y desde este punto de vista el objetivo del conocimiento se cumple sobradamente. La obra de Suárez Japón sobre el hábitat en la Sierra de Cádiz y de Florido Trujillo para los cortijos de la Campiña de Córdoba así lo atestiguan. Sus trabajos no incluyen inventarios de las viviendas y sin embargo establecen modelos tipológicos, tanto de los núcleos rurales en el primer caso como de las viviendas aisladas en el segundo. En este último trabajo se incluyen además un conjunto de prototipos para afianzar más lo modelos, pero en cualquier caso no hubiese sido indispensable para su comprensión.

¿Se justifica el esfuerzo intelectual y el gasto que todo inventario bien hecho lleva aparejado? No estamos en situación de contestar estas preguntas, especialmente en su formulación última, pero sí quizás para tratar de plantearnos metodológicamente los pasos que nos lleven a un mejor conocimiento de estas realidades culturales. Porque, y ahora es el momento de preguntarnos, ¿qué hay que inventariar o catalogar? Ante este interrogante las respuestas suelen ser de una gran simpleza, -todo-, pero, ¿qué es todo? ¿Ele-

mentos, formas, estructuras, funciones y usos actuales y pasados, símbolos, concepciones, valoraciones? Demasiadas preguntas y demasiado abstractas para un encuestador o investigador que con frecuencia suele ser joven e inexperto. En general, en ciencias sociales es recomendable llevar al campo, y la catalogación es trabajo de campo fundamentalmente, hipótesis y/o modelos que sirvan de guía al observador por muy provisionales que éstos sean; de lo contrario las observaciones serán incompletas y lógicamente difíciles de someter a cualquier tratamiento estadístico e informático a que toda catalogación está avocada. Es por ello que se hace indispensable tener conocimiento previo y establecer modelos en donde tengan cabida cuantas variantes ofrece la realidad y consideremos relevantes. Recuérdese la aportación personal y singular que toda obra arquitectónica tradicional tiene por ser básicamente adaptativa y no sometida a proyectos ni planos previos rigurosos.

¿Tenemos este conocimiento en Andalucía? Una región tan dilatada y con tan variados espacios geográficos y tradiciones culturales e históricas que incluyen desde modelos marítimos de las costas mediterráneas y atlánticas hasta los castellanizantes de los Pedroches o los singularísimos de la Alpujarra, sin olvidar formas tan peculiares y desconocidas como los "caracoles" de la comarca de Las Lomas de Jaén o las "tribunas" de la Sierra Norte de sevillana. La realidad es que es muy escaso, pues aparte de los tratados generales, que han cumplido su función en una primera etapa, (García Mercadal, Torres Balbás Flores y Feduchi) ahora resultan totalmente insuficientes. Piénsese que aún, incluso en personas formadas, existe dificultad para diferenciar formas tan propias de nuestra región como haciendas y cortijos, adjudicando características y funciones de unas a otras, como ya puso de manifiesto el profesor Sancho Corbacho (1952), corroboramos nosotros (1973) y definitivamente han aclarado Florido Trujillo (1989) en la campiña cordobesa, y Suárez Japón en la Sierra de Cádiz. En esta confusión han caído investigadores de gran talla y reconocimiento. En su descargo diremos que el término cortijo es el más genérico y a la vez el más polisémico y polimórfico de la arquitectura popular andaluza y que sólo la investigación de campo está poniendo de manifiesto (3).

Ante esta situación se impone un conocimiento más científico de la diversidad de la arquitectura tradicional andaluza a partir de investigaciones en las comarcas menos conocidas con el propósito de elaborar modelos y tipologías y a partir de ellos elaborar criterios y objetivos, y, mediante cuestionarios precisos y pormenorizados para cada circunstancia, proceder al inventario.

En cualquier caso la catalogación de la arquitectura tradicional presenta enormes dificultades que no pocos autores han puesto de manifiesto: planos imprecisos o erróneos, documentación catastral insuficiente o difícil de conseguir, todos ellos instrumentos indispensables y previos para la planificación de los catálogos tanto de la arquitectura concentrada como diseminada, dificultades de acceso hasta viviendas o construcciones aisladas, y un largo etcétera.

Habría que tener muy en cuenta las transformaciones continuas de las viviendas tanto en sus aspectos constructivos como funcionales; y sobre todo habría que tomar decisiones con relativa urgencia pues el caserío de los núcleos urbanos está siendo sustituido a gran velocidad por viviendas de nueva construcción en las mismas parcelas, al amparo de la situación económica, los planes de bienestar social y las ayudas a la mejora de la vivienda en los núcleos rurales y viviendas aisladas y el paro que libera mucha mano de obra para la construcción. Estos cambios afectan en muchos casos a más del 50% del caserío y en no pocos pueblos la renovación supera el 80%. Esta acción galopante afecta más a las casas comunes que a los edificios singulares que por su mejor construcción y posibilidades de otros usos y la actitud de las organizaciones de defensa del patrimonio resisten mejor a la piqueta. En el caso de la vivienda aislada la situación se presenta más dramática pues la disfuncionalidad de las construcciones en las nuevas agricultura y ganadería, los altos costes de mantenimiento y la facilidad de las comunicaciones; sin olvidar el valor de ciertos materiales de construcción usados -como las tejas-, precipitan la ruina de estos edificios. Contando con estas circunstancias será necesario arbitrar procedimientos de revisión para que los inventarios no queden obsoletos.

Finalmente en este apartado nos plantearemos la cuestión de la cronología y de los estilos arquitectónicos. Estos aspectos han sido soslayados sistemáticamente de los estudios tradicionales de la arquitectura popular. Entiendo que la datación ofrece grandes dificultades por la falta de documentación, pero se hace necesario insistir en las fuentes escritas y acudir a otras como la tradición oral y a la comparación. Hay que terminar con el tópico concepto de intemporalidad y de inmutabilidad que domina en este tipo de arquitectura para pasar a establecer períodos, etapas, corrientes de influencia, fenómenos de difusión y reelaboración de elementos constructivos, y por supuesto poner en tela de juicio el anonimato del arquitecto popular (albañil) que tiene o tuvo nombre y apellidos y cuya influencia puede ser en algunos casos muy decisiva.

### 3. La catalogación de la arquitectura tradicional en Andalucía

Aunque no se trata de inventarios o catálogos, que como veremos más adelante no se inician en Andalucía hasta la década de los ochenta, sí nos parece adecuado referirnos, siquiera sea brevemente, a algunos trabajos pioneros que fueron desbrozando el camino estableciendo tipos de acuerdo a criterios no siempre coincidentes, y posteriormente a obras que, aunque no son verdaderos catálogos, se aproximan por cuanto abarcan unidades geográficas superiores al municipio (4).

La obra más antigua conocida por nosotros corresponde al último tercio del s. XIX y fue escrita por Luis Montoto y Rautenstrauch (1882-83) a instancias de su amigo Antonio Machado y Álvarez (Demófilo), introductor en España de la disciplina del Folklore; en ella y so pretexto de la descripción de los modos de vida de las clases populares, que en aquella época vivían mayoritariamente en corrales de vecinos, estableció una tipología de las viviendas desde la visión de los sevillanos, es decir desde una perspectiva **emic**. En esta línea de interés por lo "exótico" y "lo tradicional" de claras reminiscencias románticas se publicarán los trabajos de Serrano y Gómez (1891) sobre la vivienda troglodítica de Guadix y los de Soler y Pérez (1903 y 1906) sobre la Alpujarra y Guadix.

La obra más antigua del presente siglo sobre la casa sevillana es debida a Joaquín Hazañas (1928) que estableció unos modelos basados en los estamentos y grupos sociales de la ciudad: Palacios reales y de los poderosos, casas de caballeros y comerciantes enriquecidos y ennoblecidos, casas de la clase media (hacendados, oficios reales y profesionales), la casa humilde o corral de vecinos, los mesones, posadas y paradores, y, finalmente, las tiendas o alcaicerías - "alacenas abiertas en un muro"- que todavía quedaban en Sevilla en el primer tercio del presente siglo. Hazañas generaliza sobre todos los tipos que ilustra con varios ejemplos, caracterizando a la vivienda sevillana como sobria en sus fachadas, mirando al interior a través del patio, con dos alturas y azotea y un jardín o patio con arceles. Resulta llamativo el escaso número de palacios reseñado a pesar de su carácter monumental y de la numerosa e importante nobleza que vivió en esta ciudad durante el Antiguo Régimen. La desaparición de estas construcciones que ocupaban manzanas enteras en el casco histórico constituyen uno de los hechos urbanísticos más influyentes en la configuración de la ciudad de Sevilla (5). Las casas de los caballeros y de la clase media con sus patios como centro alrededor del cual se articulan las dependencias constituyen el tipo más generalizado y definidor de la ciudad histórica que ha sufrido una terrible merma a partir de los años cincuenta. Los corrales de vecinos y las pequeñas tiendas son ya sólo vestigios de un pasado del que se conservan algunas muestras representativas (Morales Padrón, 1974).

Los primeros intentos de verdadera catalogación sistemática de las viviendas y otras construcciones para toda Andalucía más logrados los constituyen los llevados a cabo por la Dirección General de Arquitectura de la Consejería de Obras Públicas y Transportes de la Junta de Andalucía en los años 80 bajo los auspicios de José Ramón Moreno. Durante este período se abordó directamente la catalogación de los tipos de viviendas y edificios de otros usos de carácter singular, casas-palacio (Vázquez Consuegra, 1986), cuevas (Urdiales, 1982 y Lasaosa y otros, 1989), los núcleos deshabitados, (Ascaso y Galván, 1991), y los pósitos, cillas y tercias (Gil Pérez y otros, 1991); también se publicaron obras que catalogan formas constructivas que

abarcan una ciudad, comarca o provincia, tales como las tiendas tradicionales de Sevilla (Ríoja, 1992), las haciendas de olivar (Aguilar, 1992), los cortijos de la campiña de Córdoba (Florido, 1989) y las chozas y ranchos de la Marisma del Guadalquivir (García de Alvear, 1986). En los primeros casos se trata de verdaderos inventarios que abarcan a toda Andalucía a partir de fuentes censales y cartográficas y el posterior trabajo de campo, y en los últimos, que constituyen también catálogos abarcan sólo a los tipos y las comarcas citadas. Estos trabajos fueron promovidos con la finalidad de conocer fundamentalmente su número y estado de conservación para proyectar políticas de intervención desde el órgano ejecutivo de la comunidad autónoma.

Pero sin duda el proyecto más ambicioso es el puesto en marcha por la Consejería de Cultura para llevar a cabo la catalogación de los bienes de interés antropológico en nuestra comunidad autónoma. Este programa, comenzado en 1992, llega con bastante retraso pues se prefirió subvencionar con importantes partidas la investigación de campo en Antropología social, olvidando que la elaboración del inventario de los bienes de interés antropológico era quizás prioritario.

Tras una primera convocatoria pública en la que se pedía a cada concursante que estableciera el método y sobre todo la técnica de catalogación del patrimonio arquitectónico de uso no habitacional y sin establecer un modelo de encuesta único y, al parecer, sin alcanzar el suficiente grado de coherencia para dar homogeneidad al proyecto, se ha realizado la segunda convocatoria, para inventariar la arquitectura popular, en este caso dedicada a la habitación. La coordinación, ahora establecida para todo el equipo contratado ha sido encargada al profesor J. Agudo Torrico de la Universidad de Sevilla que cuenta con conocimientos y experiencia investigadora en este área del patrimonio. La elaboración de criterios y fichas de encuesta muy completos y actualizados garantizan la elaboración de nuevos inventarios de arquitectura tradicional a los que debieran seguir otros del patrimonio antropológico que plantearán otros retos teóricos y metodológicos aún más difíciles de afrontar.

Los criterios para establecer las tipologías a inventariar en este proyecto se basan en tres aspectos: El marco territorial, las variables socio-culturales y económicas y la estructuración de los espacios y su funcionalidad. Para el trabajo de campo se han elaborado en cuanto a la arquitectura tradicional como habitación se refiere cuatro fichas con ítems numerados correlativamente:

**1) General:** Se recogen datos precisos de localización, tipo de hábitat, fechas de construcción y transformaciones, uso, grado de conservación, régimen jurídico del uso, así como, fuentes documentales y bibliográficas, representaciones gráficas y la valoración en cuanto a su conservación e interés antropológico.

**2) Estructura arquitectónica:** Incluyen los elementos constructivos, la planimetría y las adaptaciones y transformaciones estructurales y de uso así como los elementos de especial significación. Se presenta también por los servicios de que consta la vivienda.

**3) Funcionalidad del espacio:** Recoge los datos referentes a las actividades económicas y socioculturales, sistemas de transmisión y los cambios habidos en estas prácticas; la organización y creencias del grupo doméstico relacionados con el espacio, sin olvidar los espacios y de transición.

**4) Bienes muebles:** Incluyen los muebles y objetos de las diferentes dependencias y los relacionados con las creencias, actividades productivas, transformación de alimentos, decorativos, así como la valoración simbólica de estos elementos y comportamientos.

Obra muy meritoria es la de Gil Albaracín (1992) sobre Almería que, aunque no es un catálogo, sí ofrece numerosa documentación **etnográfica** basada en encuestas y en trabajo de campo, e **histórica** fundada en el Catastro de Ensenada y el *Diccionario geográfico...* (1845-50) de P. Madoz. La obra es un buen punto de arranque para elaborar un inventario pues une a las diversas tipologías numerosos planos y tablas de distribución de elementos y formas arquitectónicas de toda la provincia. No es menos útil para la catalogación el amplio glosario y las numerosas ilustraciones, planos y esquemas.

Una obra que merece destacarse por cuanto

constituye un modelo de realización en cuanto al tratamiento integral del patrimonio y de su posible contribución al desarrollo de una comarca es el **Inventario de recursos de la Comarca de La Loma** (1994) elaborado a lo largo de varios años por las escuelas-taller de Ubeda y Baeza. La obra que se compone de tres partes correspondientes al patrimonio natural y ecológico, al patrimonio cultural (arqueológico, artístico, arquitectónico) y etnológico; dentro del patrimonio arquitectónico especifica la arquitectura tradicional, ordenada en los siguientes epígrafes: arquitectura dispersa (cortijo, cortijada, casa de labor y haciendas de olivar), arquitectura de la religiosidad popular (cementeros, hornacinas, y cruces), relacionada con el agua (fuentes y pilares, lavaderos, albercas, salinas), y alfarerías y tejares, y otras construcciones ("caracoles" y eras). No se establecen sin embargo tipologías para las viviendas de los núcleos de población.

La obra que constituye un verdadero inventario de los bienes patrimoniales y naturales no lo es tanto en cuanto a la arquitectura tradicional se refiere, tanto la dispersa como la concentrada aunque de la primera se establecen cifras globales de los tipos, estado de conservación, datación cronológica, usos y grados de interés. La descripción de los caracoles, construcciones aisladas de planta rectangular o circular con alzado troncocónico y falsa cúpula, usadas como refugios temporales relacionados con la agricultura y la ganadería, constituyen una aportación importante por la singularidad de su construcción (Martín Clabo y Sánchez Ruiz, 1994).

El mismo esquema, pero sin alcanzar el nivel de profundización sigue el **Inventario de Recursos de la serranía de Ronda** (1944), que por otra parte carece de catálogo de arquitectura popular tanto de Ronda como de los pueblos de su seannía (Martos, 1994).

Otro ejemplo digno de mención es el inventario temático de los lagares de la comarca de los **Montes de Málaga** que aun se conservan, a partir del Censo del Ayuntamiento de 1875, por cuanto muestra las graves consecuencias que para el patrimonio suponen entre otros factores las crisis económicas (la vid), la especulación, la proximidad de rutas y el crecimiento de las grandes ciudades, (Muñoz Martín, 1982).



## NOTAS

1. Como ejemplo de verdadera colaboración interdisciplinaria en el estudio de la conformación de un espacio público por la obra arquitectónica, creo es de justicia destacar el proyecto de investigación sobre la ciudad de Sevilla elaborado por un equipo de historiadores, geógrafos, filólogos, antropólogos y arquitectos subvencionados por el Ayuntamiento de Sevilla y dirigidos por los profesores de la Universidad de Sevilla, Antonio Collantes de Terán, Josefina Cruz Villalón, Rogelio Reyes Cano y Salvador Rodríguez Becerra y la participación sucesiva de los arquitectos L. Marín de Terán, A. González Condón y V. Pérez Escolano, que quedó plasmado en la obra *Diccionario histórico de las calles de Sevilla*, Sevilla, 1993, editado por la Consejería de Obras Públicas y Transportes de la Junta de Andalucía.

2. El prof. I. Moreno ha creído ver una importante diferencia entre ambas normas legales, pues la ley del Estado se refiere a la **cultura tradicional** mientras que la ley andaluza establece que son **las culturas y modos de vida propios** del pueblo andaluz, extendiendo la ley del patrimonio -recuérdese que patrimonio refiere a herencia, conseguido por unos y transmitido a otros-, a los modos de vida reciente o emergentes. Entendemos que estos modos de vida serán y deben ser objeto de estudio de la Antropología social o cultural pero no de actuación e intervención de la sociedad y los poderes públicos como formas de patrimonio cultural. Querer incluir en el patrimonio las formas más rígidamente actuales de comportamiento puede inducir a error o hacernos caer, como ya ha expuesto Limón (1994) en el contrasentido de proteger el

patrimonio que no está en peligro, deseo por otra parte imposible. (Moreno, 1991)

3. El propio J. Caro Baroja y A. Bonet Correa adjudican al cortijo características de la hacienda, sembrando la confusión entre los lectores menos avezados. En la sierra gaditana al cortijo también con base cerealista, y salvando las diferencias de tamaño y complejidad con los de la campiña, se oponen los caseríos con fundamento en la viña y el olivar (Suárez Japón, 1982:42)

4. No es nuestro propósito hacer una revisión de la producción bibliográfica sobre arquitectura popular en Andalucía sino ocuparnos de aquellos trabajos que inventarian o catalogan las formas arquitectónicas de la región, provincia o comarca (Inventarios territoriales) o algunos elementos o formas concretas (Inventarios temáticos). Una bibliografía extensa ofrece el apéndice de *Arquitectura popular en España* (1990) elaborado por L.A. Sánchez Gómez. Demófilo, revista que edita la Fundación Machado prepara un número monográfico sobre arquitectura vernácula andaluza que incluirá un apéndice bibliográfico muy completo.

5. La investigación interdisciplinaria que dió lugar al citado *Diccionario histórico...* (1993) refleja la paulatina ocupación para otros usos de los enormes espacios que ocupaban "las casas" de la nobleza que abandonó la ciudad siendo los beneficiarios el pueblo más humilde a través de los corrales de vecinos o las órdenes religiosas para colegios y conventos. Este proceso no ha finalizado hasta hace pocos años con la colmatación de estos espacios con bloques de viviendas unifamiliares.

## BIBLIOGRAFÍA

AGUDO TORRICO, J. y otros: *En Córdoba y su provincia*. Edit. Gever. Tomo IV. Sevilla, 1986  
AGUILAR GARCÍA, M.C.: *Las baciendas. Arquitectura culta en el Olivar de Sevilla*. Universidad de Sevilla, 1992  
ASCASO, I. y GALVÁN, I.: *Núcleos deshabitados en Andalucía*. COPT. Junta de Andalucía. Sevilla, 1991.  
CEA GUTIÉRREZ, A., FERNÁNDEZ MONTES, M. y SÁNCHEZ GÓMEZ, L.A. (coords.): *Arquitectura popular en España*. C.S.I.C., Madrid, 1990.

COVARRUBIAS OROZCO, S. *Tesoro de La Lengua castellana o española*. Ed. Castalia. Madrid, 1994 (1611).

*Diccionario histórico de las calles de Sevilla*. (Collantes de Terán, A., Cruz Villalón, J., Reyes Cano, R. y Rodríguez Becerra, S. Dres.). C.O.P.U.T. y Ayuntamiento de Sevilla, 1993  
FERNÁNDEZ ALBA, A.: "Los documentos arquitectónicos populares como monumentos históricos o el intento de recuperación de la memoria de los márgenes". En *Arquitectura popular en España*. (Cea, Fernández y Sánchez, coords.) pp. 21-32.



- FLORIDO TRUJILLO, G.: **El cortijo andaluz. Sus orígenes, desarrollo y transformaciones recientes en la campiña de Córdoba**. C.O.P.U.T. Junta de Andalucía. Sevilla, 1989.
- GARCÍA DE ALVEAR, M.: **Los ranchos de Doñana. Cbozas de la finca "El Pinar del Faro"**. C.O.P.U.T. Junta de Andalucía. Sevilla, 1986.
- GIL ALBARRACÍN, A.: **Arquitectura y tecnología popular en Almería**. G.B.G. editora, Almería, 1992.
- GIL PÉREZ, M.D. y otros (Coords.): **Pósitos, cillas y tercias de andalucía. Catálogo de antiguas edificaciones para almacenamiento de granos**. C.O.P.U.T. Junta de Andalucía. Sevilla, 1991.
- HAZAÑAS, Y LA RUA, J.: **Consideraciones sobre la casa sevillana**. Padilla Libros, Sevilla, 1989 (1928).
- LASAOSA CASTELLANOS, M.D. y otros: **Arquitectura subterránea. I. Cuevas de Andalucía. Conjuntos habitados**. C.O.P.U.T. Junta de Andalucía. Sevilla, 1989.
- LIMÓN DELGADO, A.: "Espacios para la sociabilidad" en **Patrimonio y ciudad. Reflexión sobre centros históricos**. Colección CUADERNOS pp. 128-132. Instituto Andaluz del Patrimonio. Sevilla, 1994.
- LLOP I BAYO, F.: "La protección del patrimonio etnológico en la Comunitat Valenciana". **Anuario Etnológico de Andalucía. 1992/93**. pp 13-21. Consejería de Cultura. Junta de Andalucía. 1994.
- MARTÍN CLABO, J. y SÁNCHEZ RUIZ, M. (Coords.): **Inventario de recursos de la Comarca de La Loma**. Fundación Cultural Banesto. Madrid, 1994.
- MARTOS GARCÍA, M. y otros: **Inventario de recursos de la Serranía de Ronda**. Fundación Cultural Banesto. Madrid, 1994.
- MOPU: "Guía de la arquitectura popular en España". Revista del Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo. Núm. 334, julio-agosto, 1986. (extraordinario). Madrid.
- MORALES PADRÓN, F. y colabs.: **Los corrales de vecinos de Sevilla**. Universidad de Sevilla, 1991 (1974).
- MORENO, I.: "Patrimonio etnográfico, estudios etnológicos y Antropología en Andalucía: Problemas y perspectivas". **Anuario Etnológico de andalucía. 1988-1990**. Consejería de Cultura. Junta de Andalucía, Sevilla, 1991.
- OLCESE SEGARRA, M. (Coord.): **Arquitectura popular. I**. Valladolid, 1989.
- PÉREZ SARMIENTO, C. y PÉREZ CAMACHO, B.: **Casas de Cantillana. Estudio de su vivienda tradicional**. Asociación "Semana de la juventud", Cantillana, 1993.
- RIOJA, C.: **La tienda tradicional sevillana**. C.O.P.U.T. Junta de Andalucía. Sevilla, 1992.
- RODRÍGUEZ BECERRA, S.: **Etnografía de la vivienda. El Aljarafe de Sevilla**. Universidad de Sevilla, 1973.
- "Dificultades de una arquitectura tradicional, popular o vernácula en la actualidad". En **Arquitectura popular extremeña**, pp. 57-58. Delegación Provincial del Ministerio de Cultura. Badajoz, 1981.
- "Las haciendas sevillanas: significación social y tecnológica". Simposium Internacional: Tecnología tradicional. Dimensión patrimonial y valoración antropológica. Orense. 13-15 octubre, 1994. Consello da Cultura galega. (en prensa).
- RODRÍGUEZ BECERRA, S.: "El Patrimonio antropológico. Concepto, presupuesto y propuestas". I Congreso sobre el Patrimonio cultural en Extremadura. Junta de Extremadura. Badajoz, Abril, 1995 (en prensa).
- SÁNCHEZ PÉREZ, F.: **La liturgia del espacio. Casarabonela, un pueblo aljamiado**. Ed. Nerea, Madrid, 1990.
- SERRANO Y GÓMEZ, J.: "Las cuevas de Guadix". **Boletín de la Institución Libre de Enseñanza**, XI, 1891.
- SOLER Y PÉREZ, E.: **Sierra Nevada, Las Alpujarras y Guadix**. Madrid, 1903.
- La Alpujarra y Sierra Nevada**. Madrid, 1906.
- SUÁREZ JAPÓN, J.M.: **El hábitat rural en la Sierra de Cádiz**. Diputación provincial. Cádiz, 1982. (2ª ed. 1987).
- La casa salinera de la Babia de Cádiz**. Fundación Machado. Sevilla, 1989.
- URDIALES VIEDMA, M.E.: **Cuevas de Andalucía. Evolución, situación y análisis demográfico en la provincia de Granada**. C.O.P.U.T. Junta de Andalucía. Granada, 1982. 2 vols.
- VÁZQUEZ CONSUEGRA, G.: **Sevilla, cien edificios**. COPUT. Sevilla, 1986 (2ª ed. 1988).
- VÁZQUEZ CONSUEGRA G. y DÍAZ RECASENS, G.: **Plazas de toros**. C.O.P.U.T. Junta de Andalucía. Sevilla, 1992. (3ª ed. 1995).